DIPLOMACIA Y CULTURA

Por Rafael Gaspar Montoro

Este trabajo fue leído por su autor en la tarde de hoy a las 5.15 ante los micrófonos de la emisora RHC-Cadena Azul, y es la décimonona de las radioconferencias que presenta esa difusora, respondiendo así a la invitación expresa hecha a los intelectuales cubanos por el doctor Saladrigas, en su discurso del 21 de abril.

«La proximidad de la etapa histórica que la postguerra debe iniciar con una brillante coloración de esperanza (y que a los hombres responsables de esa hora trascendente corresponderá transformar en realidades), provoca una revisión completa de valores, en todas las esferas de la vida cultural.

Este momento de la historia del mundo coincide entre nosotros con el llamado inteligente hecho a los hombres que piensan en Cuba por el ilustre candidato de la Coalición Socialista Democrática en un resonante discurso que todos conocemos. Como creo coincidir en algún pensamiento con ese noble trabajo, vengo a exponer desde esta radiotribuna algunas facetas intocadas por mis predecesores en la misma, no obstante su relevante trascendencia.

No soy de los que creen a pies juntillas en que después de la catástrofe universal provocada por el nazifascismo, sea indispensable para borrar hasta las últimas huellas de esos funestos regímenes, crear formas culturales totalmente nuevas, Y no comparto esa creencia porque sienta en el fondo de mi alma, ya curada de ligerezas juveniles, ningún misoreismo.

Fundo esta creencia en que la renovación ha de ser profunda pero no total porque todavía no estamos asistiendo a la liquidación del ciclo histórico de nuestra cultura prevista por Spengler y retardada noblemente por los esfuerzos heroicos que en todas las esferas de la actividad humana se realizan por desmentir la dramática profecía del pensador teutónico. En esa renovación parcial de métodos y formas se encuentra sin duda alguna la necesaria renovación de la Diplomacia.

En efecto, en el mundo de la postguerra no se concibe en realidad después que el neomaquiavelismo de falsa apariencia intelectual puesto en práctica por las potencias del Eje nos ha hecho execrar las intrigas internacionales, no se concibe, repito, que las relaciones ostensibles o secretas entre los pueblos puedan inspirarse en una política de maniobra o de poder.

Quizás el presidente Roosevelt haya resultado un vidente, frente a la nueva diplomacia que ha de surgir en la postguerra, con su política de buen vecino, a pesar de que sus realizaciones no han estado siempre a la altura de sus ideales. Ha de verse precisamente una nueva ética o moral de las relaciones internacionales en esa idea un tanto romántica de que los contactos entre los pueblos han de inspirarse en los sentimientos sencillos de estrecha cooperación y solidaridad que caracteriza los contactos entre las personas en esas relaciones primarias, en la vida cotidiana, en que por estar cerca físicamente se llega también a estar cerca espiritualmente.

Mi punto de vista personal es el siguiente: no creo que la política de buen vecino en el fondo de la cual hay cierto latente regionalismo, sea la única inspiración de la Diplomacia en la pastguerra en que tantos y tan ásperos problemas se han de confrontar, que han de teñir el panorama del mundo en colores menos rosados que los colores de la buena vecindad. Pero es mi firme y sincera convicción que la diplomacia de la postguerra puede esgrimir un arma hasta ahora un tanto olvidada para destruir los obstáculos que se oponen a la solidaridad internacional: esa arma es la cultura.

La cultura, que el desarrollo técnico y científico moderno permite difundir de una manera que hace una generación hubiera resultado sencillamente inverosímil, al lograr que cada colectividad, grande o pequeña, al asumir las mismas normas de conducta, las mismas pautas básicas, al adquirir las mismas técnicas, las mismas ideas y concepciones sobre los problemas básicos de la vida, las mismas aptitudes espirituales y sentimentales, vaya poco a poco formando filas en torno a los mismos valores y lo que es más importante, los vaya escalonando en el mismo orden de preferencia, esa cultura, repito, será el verdadero lazo de unión entre los pueblos.

Para ello, la figura del diplomático que pintaba Jules Cambon tendrá que ser sustituida por la del intelectual y no habrá quizás mejor lazo de unión entre los pueblos que la cultura encarnada en una persona, en un gran escritor, pensador o artista que represente, por así decirlo, la cultura en persona, en carne y hueso, en vez de encarnar con la noble representación del Estado el trasfondo invisible, pero siempre presentido de la vieja diplomacia secreta e intrigante.

Y la consecuencia constructiva de todo ello es tan sencilla como trascendental: cuando los pueblos vayan desarrollando sus puntos de semejanza y contacto en el orden de la cultura, irán desarrollando también las mismas valoraciones sobre los grandes problemas de su vida. Y esa unidad de valoraciones que presupone la unidad en la cultura y la unidad en las aptitudes, será la que salve los abismos espirituales de las naciones de los que brota la guerra como destrucción del espíritu, la guerra como destrucción de la cultura; esa guerra como destrucción de la civilización que estamos todos contemplando espantados. Hacer a los hombres acercarse en espíritu es pues para el diplomático del futuro la noble tarea de evitar que se destruyan las obras del espíritu y a eso seguramente propenderán las nuevas normas que dicte, si alcanza el poder, el ilustre estadista que es Carlos Saladrigas y Zayas, a cuya invitación expresa he venido a responder desde este sitio.

Mayo 25/44

DOCUMENTAL OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA